



Pregón de la Navidad 2015

D. Ignacio Jiménez Montaña



Asociación de Belenistas de Sevilla

“ Y NACIÓ EN BELÉN “

I.- CANTO DE ENTRADA.-

La voz de los poetas sevillanos cantó con singular devoción el alto privilegio concedido por Dios a la que habría de ser su Madre y madre nuestra, con la famosa cuarteta de Miguel del Cid, ya para siempre en el frontal de los méritos de una ciudad bastión y gloria mariana:

“Todo el mundo en general

a voces, reina escogida,

diga que sois concebida

sin pecado original”.

Y así hasta Rafael Montesinos, que definió a la Pura y Limpia como *“sevillana concebida sin pecado original”.*

Ayer mismo, día de la madre Inmaculada de Dios, gozo en el sentir antiguo de la ciudad por la defensa del Dogma que hizo desde un principio el pueblo de Sevilla, el papa Francisco abrió la Puerta Santa del Jubileo de la Misericordia, en cuya Bula encontramos de entrada la estela de la mejor estrella de este sentido pregón, al decir:

“El Padre, « rico en misericordia » (Ef 2,4), después de haber revelado su nombre a Moisés como « Dios compasivo y misericordioso, lento a la ira, y pródigo

en amor y fidelidad » (Ex 34,6) no ha cesado de dar a conocer en varios modos y en tantos momentos de la historia su naturaleza divina. En la « plenitud del tiempo » (Gal 4,4), cuando todo estaba dispuesto según su plan de salvación, Él envió a su Hijo nacido de la Virgen María para revelarnos de manera definitiva su amor. ”

Por eso, en honor de la Madre y en la memoria de tan claros ingenios, me permito glosar sus versos.

Todo el mundo en general

a voces, Reina escogida,

diga que sois concebida

sin pecado original.

Y el anuncio celestial

que del mismo Dios emana,

abandere la mañana

con su argumento sagrado:

¡Pura y Limpia, sin pecado

concebida y sevillana!

Todo el mundo en general

proclame con regocijo

que quiso nacer el Hijo
en tan humilde portal.

Criatura sin igual
que el Espíritu engalana
cuando, por Amor, se afana
el Verbo en ser encarnado
¡en Madre tan sin pecado
concebida y sevillana!

A voces Reina escogida
toda Sevilla defienda
la blancura de la tienda
que aguarda la misma Vida.

Aurora de luz ungida
con la gloria más temprana
y primicia en la besana
de Dios, que por su cuidado
¡nace pura, sin pecado
concebida y sevillana!

Diga que sois concebida

más luminosa que el sol

y que tu rostro es crisol

de pureza sin medida.

Más que Tú, Rosa encendida,

sólo el Dios que en ti se humana.

Voces de seise y campana

se inclinan ante tu estrado,

¡Virgen pura, sin pecado

concebida y sevillana!

Sin pecado original,

sin mancha en tu resplandor,

la más admirable flor

del más radiante rosal.

Remedio de todo mal

por divina y por cercana,

obra cumbre y soberana

entre todo lo creado,

¡la más pura, sin pecado

concebida y sevillana!

Dios proclama tu figura
madre y modelo del hombre;
y Nazaret te da el nombre
y Sevilla la hermosura.
Y con doctrina segura
y refrendo universal,
¡todo el mundo en general
a voces, Reina escogida,
diga que sois concebida
sin pecado original!

- LA ESTRELLA

Cuentan los historiadores que el pueblo persa aguardaba un salvador, en la misma línea de las expectativas de Israel. Y que los Magos vieron su estrella y se pusieron en camino. Y que se llenaron de esperanza. Y que lo dejaron todo y siguieron su rastro de luz. Y así fueron en busca del Dios que se hizo uno de nosotros para alcanzarnos la verdadera felicidad; y creyeron en Él a pesar de la aparente paradoja de la humildad del establo de animales en donde vino a nacer el Rey de los Cielos.

Y así quiso Dios Padre ser el primer belenista de la historia y montar el gran nacimiento, escala 1-1, que todavía después de más de 2000 años nos sirve a todos de modelo y de veneración.

La esencia de la Navidad y la razón de ser y actuar de todas y de cada una de las figuras de este monumental nacimiento que es el mundo, sigue siendo la fe en ese Niño que, al llegar la plenitud de los tiempos, nos nació en Belén de Judea de la Madre que el mismo Dios hizo nacer Pura y Limpia.

Por eso seguimos cada año buscando, por los arenales que llevan al portal de nuestro corazón, al Niño de Belén.

Porque ese Niño, vive. Vive entre nosotros y en nuestro interior. Y vive en el memorial de la Pasión, Muerte y Resurrección del Señor Jesús, que es cada Eucaristía. Y vive en la cárcel de plata de los sagrarios; y vive, de una manera especial, en el hombre y en el hombre más próximo y que más nos necesita.

Y porque vive, y porque viene cada Nochebuena a nuestro corazón, proclamemos como entonces, ahora y siempre, la llegada al mundo de un Dios tan cercano y misericordioso:

*En plena noche invernal
de diciembre y en primicia
da nuestro corresponsal
San Gabriel la gran noticia.
“¡Nace Dios en un Portal!*

*¡Nada más y nada menos!
¡Cielos y tierra están llenos
de la Gloria de Emmanuel
y nadie es más pobre que Él
sobre la paja y el heno!"*

(Entre la niebla, el rabel

*entona cantos de Gloria
cuando Dios rompe la historia
en forma de churumbel!)*

Por eso narra Gabriel,

con emoción y con gozo,

"¡Este Dios menesteroso

viene a hacerse nuestro hermano!

¡No cabe un Dios más cercano

ni más misericordioso!"

- LOS NOTARIOS DEL NACIMIENTO.-

Un año más, el Ángel del Señor sobrevuela la torre fuerte de las veinticinco campanas, buscando pastores que velen las viglias de la noche sevillana sobre sus rebaños. Hombres marginados en la época del nacimiento de Cristo, incluso despreciados por los poderes civiles y religiosos, tan poco fiables que su testimonio

no se admitía en juicios; pero a los que el mismo Dios quiso conferir la condición de notarios del nacimiento de su Hijo.

Y al no encontrarlos ni siquiera por los perfiles verdinegros de los olivares del cercano Aljarafe, el Ángel busca a la gente igualmente discriminada en nuestra sociedad actual: inmigrantes de los semáforos, guardacoches ocasionales, chabolistas, pobres sin techo...

Y de parte de Dios, les dice:

“¡No temáis! Os anuncio una gran alegría que es para todos los sevillanos. ¡Os ha nacido hoy un Salvador, que es el Cristo Señor! Y esta será la señal: encontraréis al Niño en mil Belenes, envuelto en pañales y acostado en un pesebre!”

II.- LA VERDAD Y LA ALEGRÍA DE LA NAVIDAD.-

Y en el nombre de este Dios Misericordioso nos reunimos aquí y ahora, convocados por la fidelidad de la Asociación de Belenistas, para proclamar el villancico de nuestra fe, la fe de siempre, la misma fe de nuestros mayores, que se hace milagrosamente presente en el retablo de tantos belenes, hechos con las manos de quienes siguen conservando el corazón de niño y se dejan ayudar por sus ángeles de la guarda; la fe que el pueblo especialmente más humilde de espíritu hace evangelio –buena nueva– en sus cantes y en sus costumbres populares.

Sirva de botón de muestra el ramalazo divino de la letra de aquel villancico gitano que inmortalizó la Niña de los Peines:

A la puerta de un rico avariento

llegó Jesucristo y limosna pidió,

y en lugar de darle la limosna

los perros que había se los achuchó.

¡Porque para la fe de estos pobres de ahora, de estos anawines, está claro que es el mismo Jesucristo el que llama a nuestra puerta!

¡Auténtica doctrina paulina en el camino de Damasco, en los cantos llenos de **alegría** cada Chebuena, alrededor de una candela y en el seno de la familia! ¡Gitanos que tanto se parecen en sus defectos, en la valoración social y en su naturaleza de preferidos de Dios a los pastores a los que primero se manifestó el Niño Dios!

¡Y **alegría!** Porque desde la fe no existe una fiesta más alegre que ésta de la Navidad, como los Evangelios no se cansan de repetir.

Gabriel saluda a la Virgen María, en la anunciación de Nazaret: “¡**Alégrate** tú, la Amada y Favorecida, el Señor está contigo!”. E Isabel, cuando la visita de su prima, confiesa que el niño **saltó de alegría** en sus entrañas.

Y el Ángel dijo a los pastores: “Vengo a comunicaros una buena nueva que será motivo de **mucha alegría** para todo el pueblo”; y los Reyes Magos, viendo a la estrella de Oriente que iba delante de ellos y que se paró sobre el lugar en que estaba el Niño, **se llenaron de gozo**.

¡Por eso estamos alegres! ¡Porque queremos vivir la auténtica Navidad! Y porque en las bodas de Caná lo que se acabó fue el vino –que el agua sobró hasta para hacer milagros– comemos y bebemos estos días para expresar mejor este

ambiente de contento, ante la llegada de un Mesías que come y bebe con publicanos y pecadores.

¡Y **alegría compartida** con los demás!

Lo que ya no resulta tan navideño ni tan auténticamente alegre es tanto gasto superfluo que nos aparta escandalosamente del mensaje de la Navidad. Y es que, si nos descuidamos un poco, corremos el peligro de organizar por nuestra cuenta un Nacimiento distinto al de Belén. Un Nacimiento lujoso, con canastillas de lino y de seda, con salvas de ordenanza, con burbujas y con campanadas; tan lejos del Nacimiento que se organizó el mismo Dios, naciendo de una mujer humilde, en un pueblo de la Palestina dominada por Roma y en un pesebre.

Que si lo pensamos un poco, hasta el mismo Belén con humildad parece diluirse como patria chica, mientras todos hablan del Nazareno, de Jesús de Nazaret.

Ser belenista, por tanto, debe ser un seguro a todo riesgo de vanidades y equívocos. Vosotros, belenistas del auténtico Belén, desde la fe sencilla que desprenden las figuritas que colocáis con tanto amor, dais un sentido cristiano a toda la Navidad, el único sentido posible que pueden tener unas fiestas que tratan de reflejar cómo fue el verdadero Nacimiento del mismo Cristo, Dios y hombre verdadero, organizado por el mismo Dios Padre.

Quienes crearon y quienes cada año revitalizan esta alegría compartida por tantos que son los belenes, salvaguardan la verdad de unas fiestas que, en los anuncios de la televisión y de los grandes almacenes, aparecen como no aptas para menores, no aptas para pobres, no aptas para parados ni para jubilados; ¡por lo caras que son, por lo falsas que son, por el escándalo que representan!

En el lenguaje bíblico un hombre justo es un *“hombre pobre, cuya única riqueza es tener a Dios, que cree radicalmente en Él y, teniéndolo en su ser, le basta para sobrevivir”*, y si Abrahán regatea con Dios para salvar a Sodoma y Gomorra y no lo encuentra a su alrededor esos hombres justos, pobres de espíritu; quizás aquí y ahora estemos llegando a una sociedad igualmente paganizada.

En la primera cabalgata que se organizó en Sevilla, el Rey Baltasar era un auténtico hombre negro, buscando el Ateneo entonces la mayor autenticidad externa del personaje. Con el máximo respeto para tantos que desempeñaron tan dignamente las figuras reales y como un aldabonazo en nuestros corazones muchas veces llenos de tibieza, quizás podríamos pensar que a Dios le sería especialmente grato ver en nuestros Belenes:

que los tres reyes sean negros,

pobres de solemnidad,

emigrantes en pateras

sin ninguna ciencia astral;

unos reyes que no sean

Melchor, Gaspar, Baltasar;

ni sepan seguir el rumbo

de aquella estrella oriental

que les lleve hasta la gruta

donde el Niño nacerá.

Por eso, porque son pobres

y son de buen conformar,

buscan la Luz en los signos

que ellos ven en los demás.

¿Por dónde se llega a Dios?

Y vuelven a preguntar;

pero nadie les aclara

en nombre de la verdad

que el Dios que vino a nosotros,

el "Enmanuel" del Portal,

ya no vive en nuestras vidas

ni siquiera en Navidad.

Junto al belén de un semáforo,

con humilde majestad

dejan sus dones: incienso

de una plegaria de paz;

del brillar de sus sonrisas,

el oro de la bondad;

y el tercero de los reyes

entona un dulce cantar

con la mirra de sus lágrimas,

su frío y su soledad.

¡Gloria a Dios en las afueras

sin alma de la ciudad

y paz a los reyes negros!

¡Que su buena voluntad

traiga a Dios, hasta esta tierra

donde ya no hay caridad!

III.- CUANDO YO ERA NIÑO

Ya de vuelta por los caminos de la vida, a los mayores la Navidad nos llena de nostalgia con los recuerdos de la niñez, ¡tan distante y tan distinta!

Al borde de mi primera Comuni3n, bien cumplidos aquellos seis a1os de posguerra -hambre para tantos y restricciones el3ctricas para todos- la Navidad era para m3 tiempo de tortas de manteca y de aceite, de pesti1os y de ga1otes, de dulces caseros que florec3an en las manos trabajadas de mi madre. De contrapunto, el beso lleno de emoci3n y respeto al Ni1o Jes3s que portaba la gigantesca figura de Don Manuel, el p3rroco.

Alg3n atardecer, elev3ndose sobre el coro de campanilleros, donde resonaba el vah3do solemne del c3ntaro y el fino contraste del cristal de la troquelada botella de an3s, una voz atiplada cantaba lentamente:

En el portal de Bel3n

hay estrellas, sol y luna,

la Virgen y San Jos3

y el Ni1o que est3 en la cuna.

La Navidad, con menos bullicio y menos fiesta, pero con la falsilla aut3ntica del sentimiento cristiano de lo que se celebraba, era en principio para mi coraz3n de ni1o unos d3as de vacaciones en el Colegio y la esperanza un tanto difusa del regalo de Reyes, con la espera prolongada de la cosaria que tra3a la peque1a caja de l3pices de colores

Alpine como el más preciado de los tesoros. Y de trasfondo solemne, la alegría compartida del Nacimiento que se montaba sólo en la Iglesia y en muy pocas casas.

Confiando siempre en la misericordia de nuestro padre Dios, a veces no podemos evitar el sentimiento de deterioro espiritual en nuestros ambientes y en nosotros mismos, y requerimos el verso sencillo y hondo de Gabriel y Galán en el final de “La pedrada”:

Hoy que con los hombres voy

viendo a Jesús padecer,

interrogándome estoy:

¿somos los hombres de hoy

aquellos niños de ayer?

IV.- EL PLAN DE DIOS.-

Desde la espera esperanzada del tiempo de Adviento, busquemos el camino que lleva a la verdad, intentando mirar con los ojos de Dios el significado de estas fiestas.

Porque si nos dejamos llevar por el ambiente actual y en un principio un Arcángel celestial nos hubiera encargado organizar la venida de Dios a la tierra hecho hombre verdadero, ¡qué caminos tan distintos nos llevarían hasta el Niño Jesús!

Nada de Belén de Judá, la más pequeña entre las ciudades de Israel; nada de naciones oprimidas por el poder romano; nada de doncellas desconocidas como madre.

Si de nosotros hubiera dependido, el nacimiento sería en Roma, la capital del imperio, y de una hija del Emperador.

¿Pero cómo no iba a haber posada para el redentor del mundo? Eso es, simplemente, mala organización. El propio Palacio Real o el Sancta Sanctorum del templo, mientras cientos de canastillas y de los juguetes más caros llegaban sin cesar hasta el recién nacido.

¡Salvas de ordenanza! ¡Las visitas más relevantes! ¡Las fiestas más concurridas! Porque sirva de ejemplo, algo así como un fin de año de los nuestros lleno de burbujas y campanadas, con la especial edición de una revista del corazón ante tan sonado eco de sociedad.

De alguna forma, sin que ángel alguno nos haya dado arte ni parte, ese puede ser actualmente el espíritu de la Navidad de muchos, aunque nos sirva de referencia emotiva y de mero pretexto la verdadera Natividad del Señor, la que organizó el mismo Dios naciendo de una mujer humilde, en un pueblo perdido de la Palestina sojuzgada y en una gruta rodeado de animales, que aquellos caminos de Belén, los caminos de Dios, está visto que no son nuestros caminos.

V.- MIRAD EL NACIMIENTO.-

Por eso, sigamos los caminos que llevaron a San José y a la Virgen María a Belén.

Para ir de Nazaret a Belén, ciento cincuenta kilómetros de torpe camino, tardaban las caravanas de entonces tres o cuatro días de viaje fatigoso. Después de jornadas tan agotadoras, una mujer, en el noveno mes de su embarazo, que busca el gozo de la primera maternidad, no encuentra acomodo en el albergue donde se hospedan las caravanas.

Y Dios nace en un portal, en una gruta, en una chabola. Dios no tiene casa. Este Dios, más que de los nuestros, parece de los otros, de los marginados, de los más pobres. Un Dios de ejidos, de favelas, que no sabe siquiera dónde reclinar la cabeza.

¡Y esto es lo que celebramos con la mejor alegría! ¡Que el mismo Dios se haga en la humildad de la carne uno de los nuestros!

Eso sí: nace Dios y no se enteran los cronistas oficiales y al menos, hasta este momento, no se ha encontrado referencia alguna de la época a ningún programa de festejos. Sólo unos pastores reciben el gozoso recado celestial de la verdadera Nochebuena, envuelto en la claridad de la gloria del Señor: - “¡Os ha nacido un salvador!

Como ya hemos referido, en aquella sociedad los judíos incluían a los pastores entre los pecadores y los publicanos. Se unían en ellos la maldad y la ignorancia y esta última, en materia religiosa, les llevaba a infringir continuamente la ley de Moisés.

Y, sin embargo, estos marginados fueron los únicos notarios de la Navidad de Dios.

Por eso cabe preguntarnos: si Jesús naciera en un Belén actual: ¿no serían sus pastores los quinquis y los gitanos, los presos y los emigrantes, los sirios y los sin techos, y los que menos tienen y los que son perseguidos?

Al fin y al cabo el Niño que anuncian, el Cristo que cantan, el Mesías que les llega ¿quién es? sino un Dios pobre, de vida oscura, de familia obrera, a quien persiguen hasta estar a punto de querer despeñarlo por un barranco sus propios paisanos y que será condenado por ateo y por blasfemo por las autoridades religiosas.

¡Gloria a Dios en el cielo y paz en la tierra a los hombres que ama el Señor!

Por eso y sin darse cuenta, hasta los hombres quisieron tener la fiesta en paz y todo el orbe vivió por aquellos entonces la paz del emperador Augusto.

¡Nochebuena en la paz de Dios!

El Nacimiento que labra vuestra fe y que ojalá adorne nuestros corazones, es también un símbolo de esta paz. Los hombres sabemos que nuestra paz, la de a ras de nuestros pequeños sueños, es una paz efímera, superficial. Pero, como aquella paz de Augusto, es un pequeño homenaje al Príncipe de la Paz que nos canta el Profeta Isaías, al Dios con nosotros, al Emmanuel que preside la pobreza del portalito.

Llevemos pues nuestra emoción con humildad ante el paisaje y las figuras familiares del Nacimiento.

Mirad el equilibrio y la serenidad del Belén. Contemplad, casi de puntillas, la plata alisada de los ríos, el severo hieratismo de las despeinadas palmeras, la encendida lumbre donde se calientan los viejos, el lejano castillo de los reyes, los blancos rebaños, el estrellado azul que empapela los cielos, los regalos para el Niño sobre los hombros de los pastores y en los cofres de purpurina de los Reyes Magos.

Aquella lejana infancia en mi Alcalá del Río natal, no tuvo nunca esta sorpresa reiterada, este cálido reflejo de la Encarnación de Dios que es un Belén. Había cumplido ya los veinte años, cuando me llegaron las figuras maltratadas que me regaló un amigo del alma cuyos padres se mudaron de la casa grande y vieja alquilada en la sevillana calle Monsalves, a un piso funcional y sin armarios suficientes que obligaba a regalar flores y recuerdos. Con más de veinte años recobré mis ojos de niño para inaugurar mi primer Nacimiento.

Quizás por eso pude profundizar más en el sentido de las cosas; y así, por ejemplo, pude ver cómo las figuras mancas o cojas se colocaban con un mimo especial,

cubriendo sus debilidades; y esta delicadeza me hizo pensar en las manos de nuestro Padre Dios colocándonos a cada uno de nosotros, con más mimo y delicadeza todavía, en nuestro sitio del belén de la vida. Y de ahí, a comprender el claro mensaje evangélico que nos señala que no cae ni una hoja si el Padre no lo permite. El Padre que alimenta a los pajarillos y viste a los lirios.

Por eso nuestra fe nos muestra la verdad de un Belén diferente. ¡Qué distancia entre este hermoso paisaje que labra la ilusión de chicos y mayores y aquella ciudad de Judá en el límite de la tierra sin cultivos, terreno estepario que apenas servía para pasto de los rebaños! Es el mismo milagro que permite a un cristiano mirar con los ojos de Jesús las realidades temporales hasta alcanzar a vislumbrar, sobre tantas injusticias y desigualdades, la ciudad de Dios, un cielo nuevo y una tierra nueva. Y hasta exclamar, ante el espejo de sus propias miserias, la conversión del corazón: “Me levantaré e iré a mi Padre...”.

Y qué decir de estos limpios y sonrientes pastores que se dirigen al portal, si los comparamos con los sucios, malolientes, ignorantes, ladrones, abyectos y groseros personajes que nos señala la historia de Israel. Y resuenan poderosas las razones del amor de Dios (¡el amor tiene razones que la razón no conoce!) en boca del profeta: *¡Aunque la madre se olvide del hijo de sus entrañas, yo no me olvidaré de ti! ¡Aunque tus pecados sean como la grana, yo los blanquearé! ¡Porque yo llevo escrito tu nombre (¡por muy pecador que seas!) en la palma de mis manos!*

¡Ay si nosotros fuéramos capaces de colocar en el belén de nuestras vidas, con el mismo mimo, a nuestros propios hijos y a nuestros propios padres; y a nuestros propios hermanos y a nuestros propios amigos!

Ya puesto el Belén, cada día nos asomamos al Nacimiento para acercarnos un poco más al Niño Dios a ese pastor y a aquel viejo doblado por el peso de la carga de leña; y a

los lejanos Reyes de Oriente que se dejan llevar por la estrella que colocamos sobre el Portal. Y así, en el Belén de la vida, qué hermosa tarea ésta de acercar cada día a Dios a nuestros hermanos los hombres y a las realidades temporales.

¡Ay si cada mañana contempláramos el mundo, que es de Dios y lo alquila a los valientes, con esos ojos que nos señala el apóstol Pablo: “Todas las cosas son vuestras, vosotros de Cristo y Cristo de Dios”!

¡Qué completa esta parábola del Reino que se refleja en el Nacimiento!

En el centro de todo, como meta de todos los caminos y prendiendo todas las ilusiones, el Niño, el Emmanuel, el Dios con nosotros. Hacia Él se dirigen nuestras vidas de niños, nuestros pequeños dones:

“Toítos le llevan al Niño,

yo no tengo ná que llevarle.

¡Le llevaré el corazón

que le sirva de pañales!”.

¡Qué buena oración para iniciar cada día nuestras vidas de cristianos, para poner a los pies de este Dios tan de los nuestros y tan poderoso, nuestro pequeño corazón! ¡Danos, Señor, un corazón nuevo! ¡Un corazón de carne! ¡Un corazón blando con las necesidades del hermano! ¡Y si no soy capaz de ponerte en el centro del Nacimiento de mi vida, sal a mi camino y asalta con tu amor la dureza de nuestros sentimientos!

Después, con los años, algunos llevamos la vida por otros derroteros y casi nos olvidamos de Dios. Como cuando en el Colegio volvemos a reunirnos al cabo del tiempo

y de muchos compañeros apenas si nos queda la imagen desvaída de la lejana infancia. También nos pasa a muchos de nosotros con este Dios de ahora, que se empeña en llamarnos amigo y compañero; y nosotros que apenas si recordamos aquel Portal y aquel Niño que se apegaba a nuestras primeras emociones.

“Madre en la puerta hay un Niño

más hermoso que el sol bello,

yo digo que tiene frío

porque el pobre viene en cueros”.

Y se nos abría el corazón de par en par y cantaba nuestra generosidad recién estrenada.

“Pues dile que entre

y se calentará

¡porque en esta tierra

ya no hay caridad!”.

Pasaron los años y mientras “Jesús crecía y se iba haciendo hombre hecho y derecho, tanto para Dios como para los hombres (Luc. 2,52) nuestro corazón de niño se deshojaba en cada otoño de dificultades, estropeando la semilla de la verdadera alegría que unas veces cayó junto al camino y la pisaron los hombres y otras la dejamos secar sin el agua que salta a la vida eterna. ¡Y así, vengan Nochebuenas hasta nuestro olvido!

Esta noche es Nochebuena

y mañana cumple Dios

dos mil portales de nieve

y frío en su corazón.

La Nochebuena se viene

sin querer que nazca Dios.

¡La Nochebuena se va

sin abrir mi corazón

y nosotros nos iremos

sin conocer el Amor!

¿Y si no volvemos más

a estar tan cerca de Dios?

Esta noche es Nochebuena

y mañana cumplo yo

dos mil silencios de olvido

ante el portal del Señor.

Ojalá no nos sean de aplicación las palabras del Papa al concluir el reciente Sínodo de la Familia:

“Como aquellos discípulos, estamos con Jesús, pero no pensamos como Jesús...y se arriesga de convertirse en ‘rutinarios de la gracia’. Podemos hablar de Él y trabajar para Él, pero vivir lejos de su corazón, que está inclinado hacia quien está herido”.

Para salir de este olvido, de esta apatía, el Niño espera nuestra generosidad, no sólo de dar sino de darnos.

Como en la parábola del poeta hindú, en la que el mendigo se dijo: "Por este recodo del camino pasará el Rey y allí disminuirá su paso la carroza, y yo extenderé la mano y le pediré limosna".

Y pasó el Rey en su carroza real y antes de que el mendigo extendiera su mano, la propia mano del Rey le pidió al mendigo. Éste, sorprendido, abrió el zurrón y le entregó un mendrugo de pan.

Arrancó la carroza y el pordiosero, al atardecer, cuando hacía recuento de las limosnas del día, se encontró entre el montón de mendrugos, una pepita de oro del mismo tamaño del trozo de pan que dio al Rey. Y se dijo: ¡Ay, si hubiera entregado todo lo que había en el zurrón, ahora sería rico!

Delante de este Dios recién nacido, que extiende su mano pidiendo nuestro corazón, nuestro tiempo y nuestro dinero, pongamos el mendrugo de nuestra buena voluntad, de nuestros fallos y de nuestros intentos por levantarnos, de nuestros pequeños afanes de cada día; volquemos el zurrón de nuestras vidas anodinas, llenas de vulgaridad y de fracasos.

Y al atardecer de la vida, junto a Dios, todo será de oro, porque Dios habrá puesto al frente de los ceros de nuestros torpes méritos el uno de su divinidad.

Este es el Dios de Belén, el Dios y hombre verdadero, el Dios que es Amor, el Dios que es camino, verdad y vida, el Dios que salva, el Dios por el que merece la pena vivir plenamente, ilusionadamente.

Por eso, *“el Belén en nuestras casas no puede ser, ni debe ser, solamente una costumbre de familia, una tradición, sino que el Belén es un programa de vida, el Belén habla, el Belén es Palabra”*. (Don Publio) ¡La Palabra que se hizo carne para vivir entre nosotros!

VI.- ENTREMOS EN NUESTRO CORAZÓN.-

El mejor Belén es el que mueve el corazón del hermano y lo acerca al misterio del Dios encarnado en el Niño que nos nace y en el prójimo que nos necesita.

La respuesta del abuelo al nieto que le gritaba con gozo: “Abuelo, ya llegó el veraneo”. “Hijo, lo que ha llegado para todos es el verano; el veraneo sólo llega para algunos”. Y ahora, ante el gozo de la llegada de la Navidad, parece que Dios nos llama para decirnos que lo que se acerca para todos es este tiempo de vacaciones y excesos enmarcado en el solsticio de invierno; y que la verdadera Navidad, la que conmemora el nacimiento de Dios en el seno de la Virgen María, la viven sólo los verdaderos creyentes y, por su testimonio, quienes se acercan a sus vidas a través del Belén.

Aparte de la colocación amorosa de todas y cada una de las figuras de nuestros belenes, alrededor del niño Dios, en esta línea y ante la urgencia de la evangelización, cada año el Ángel del Señor recuerda en el corazón del buen belenista las reglas de oro para completar el mejor belén:

- La primera, buscar escenas a nuestro alrededor del Belén de la vida actual;
- La segunda, vivir el espíritu de inocencia y humildad de la Navidad durante todo el año, como preparación y como fruto.

Por eso, en este adviento que en Sevilla vivimos en olor de Esperanzas en sus cuatro puntos cardinales, salgamos a sus calles y plazas para aprehender escenas reales para el mejor Belén, a fin de situar cada una de esas figuras de carne y hueso en

nuestros sentimientos navideños; y sin dejar de completar los paisajes y figuras de siempre con el estilo de siempre, no olvidar esas otras realidades sociales que deben quedar plasmadas en las Navidades de estos tiempos que nos ha tocado vivir, por la Gracia de Dios.

Así, recordando el camino del Portal, con el puente sobre el río de papel de plata, se traslada nuestro espíritu junto a cualquiera de los puentes que enlazan Sevilla y Triana, y, con el manual del Evangelio en la mano, vemos al negrito del semáforo que espera nuestra caridad y que es tan prójimo nuestro que bien podemos ver en él hasta al mismo Niño; en la identidad que Saulo camino de Damasco persiguiendo cristianos, escucha de los labios del mismo Dios: *“¡Yo soy Jesús, a quien tú persigues!”*. Mensaje del Niño de Belén, en la buena nueva que recogió San Mateo: *“Cuanto hicisteis a uno de éstos, a Mí me lo hicisteis”*.

El Niño vende pañuelos

por semáforos y esquinas.

¡Qué distinto lo imaginas

en tu reino de los cielos!

Un Jesús sin caramelos,

sin reyes y sin portal,

te pide -de igual a igual-

con su sonrisa de amigo

-mitad Dios, mitad mendigo-

que le bajes el cristal.

Y con la imagen de las lavanderas de nuestro belén, imaginamos en la realidad del 2015, al Niño Jesús arribando a nuestras vidas en una patera Guadalquivir arriba, aquí con el testimonio desolador de las palabras de San Juan: *“Vino a los suyos, pero los suyos no le recibieron”(Jn. 1, 11)*

Viene el Niño en su patera,

portal de frío y de sombras;

¡qué lejos van los pastores,

qué calladas las zambombas!

¿Cuándo la mula y el buey,

cuándo el ángel con su Gloria?

Un viento de soledades

pide en las playas limosna;

y el Enmanuel, sin nosotros,

con la nana de las olas,

llama a la Virgen María,

sueña con cruces y llora.

Las Navidades de siempre,

para un mundo sin memoria

donde no encuentra posada

ni el mismo Dios en persona.

Y más allá, junto al viejo molino, los sevillanos sabemos buscar el mejor ejemplo del Amor más auténtico a Dios y al prójimo; porque hay un Nacimiento de la Caridad según Sevilla, abierto por las páginas de la vida de Santa Ángela de la Cruz y de Madre María de la Purísima, donde escriben a diario su testimonio los pasos de esas dos hermanitas – la que habla y la que permanece en silencio – que piden por nuestras calles y casas para dar y para darse a los churumbeles más necesitados, Cristos vivos injertados en el Churumbel de Belén.

Buena escena para recogerla en el mejor Nacimiento, el que quiere Dios, la que nos muestra Sevilla todo el año; y como una alegoría que trata de representar tanto Amor, imaginemos la figura hecha con barro y con bronce de un gitanyillo en el portal de su chabola, que pide que le cante un villancico la hermanita que no habla.

Yo quiero que diga algo

la hermanita que no habla,

la que sólo me sonrío

y se parece a Sor Ángela.

Yo quiero que la dulzura

que pregonara su mirada

se haga música y caricia

en la miel de una palabra.

Quiero que me diga "Niño"

y que al decirlo lo haga

con la fuerza de su fe

de novicia enamorada.

*Que por ser el churumbel
de este belén de hojalatas,
bajo un puente, junto al río
y de familia gitana,
me parezco tanto a Él,
que no le costará nada
cantarme ese villancico
de silencio y de plegaria,
que le sale por los ojos
desde el fondo de su alma.*

*Quiero que me diga algo
la hermanita que no habla,
la que pide sin pedir,
esa de la toca blanca
que acoge en el pobre a Dios
y se parece a Sor Ángela.*

VI.- ¡TODO EL AÑO ES NAVIDAD!

¡Vivamos con auténtica alegría la verdadera navidad y rindamos nuestra oración y nuestros elogios a los Belenes!

Y salgamos a las calles y plazas de nuestra Sevilla para encontrarnos desde este tiempo de Adviento y durante todo el año con escenas navideñas, buscando la presencia de la Sagrada Familia.

Belenes vivientes como el que es gozosa realidad estos días gracias a la devoción de mi Hermandad de la Soledad de Alcalá del Río.

Belenes con nuestras imágenes de hermandades y colegios, que en Sevilla son reflejo vivo de nuestra fe y misterio expresivo de paz, belleza y sentimiento; y que sean como la paz de Augusto, un pequeño homenaje al Príncipe de la Paz que canta el Profeta Isaías y que preside la humildad del portalito en la vida cotidiana de la Sagrada Familia; esa que Miguel Benzo nos refleja en su sencillo poema:

*José no sabía
qué debía pensar:
en el patio oía
a un tiempo a María
reír y llorar.*

*Tan curioso está
que a saberlo va;
y María le dijo.
- Jesús, nuestro hijo,
me ha dicho mamá.*

Imaginemos incluso un portal itinerante.

San José nos espera en los jardines de las Hermanitas de los Pobres de la calle Luis Montoto, rodeado de regalos tan navideños para los “ancianitos” como garbanzos, lentejas, aceite, galletas y toda clase de alimentos para el consumo de la residencia.

Y también en su capillita lindando con la calle Sierpes, y en la Iglesia del Señor San José; y por San José Obrero, y en la devoción salesiana como patrono de la Buena Muerte.

De María, la Madre, es imposible resumir su presencia en nombres, altares y cerámicas. ¡Incluso acotando efigies donde aparezca la Virgen con el Niño en su

regazo, la Madre está siempre con nosotros en los cuatro puntos cardinales de la ciudad mariana. Y en Adviento, de una manera especial, en las cinco Esperanzas, porque:

*Y será su palio un Arco,
o será su paso un puente.
pero el alma sevillana
tendrá su Esperanza siempre.
¡en Sevilla y en Triana!*

Pero, como símbolo navideño de la Madre con el Niño en brazos permitidme que me refugie en mis recuerdos de alumno en los Salesianos de Triana, y que vea en la Sentaíta la figura mariana de este Belén que dura todo el año.

Y me apoyo también en el testimonio excepcional como cristiano de un Pregonero de lujo, vinculado de todo corazón a Triana:

*“Dicen que no tiene nombre
el corazón, es mentira.
porque Triana se llama
el corazón de Sevilla”*

Y desde el corazón de Sevilla, quiero contaros la hermosa leyenda que nos cuenta cuando por aquellos años cuarenta en los que, desde el Cielo a aquella Triana de pobreza y suburbio, la Madre Auxiliadora acompañó a Don Bosco hasta la realidad de sus

hijos más necesitados, para fundar un colegio en ese Belén de calidades humanas y necesidades materiales que aún sigue siendo el arrabal trianero.

San Juan Bosco desde el cielo

sueña que viene a Triana

con María Auxiliadora

para fundar una casa.

Y apenas llega la Virgen,

apenas la Virgen baja

desde un dosel de luceros

a un río de limpias aguas,

cuando un chaval espigado

con la noche en la mirada

se va derecho a la Madre

y le dice su plegaria.

- ¿Tú quién eres? - Yo, la Virgen.

- ¿La Virgen Inmaculada?

¿Esa que pintó Murillo

entre un revuelo de alas?

- Yo soy la Virgen, María

*Auxiliadora me llaman,
y vengo desde Alcalá;
de una casa salesiana
con chavales como tú
que reciben enseñanza
para ser buenos cristianos
con hombría ciudadana.
Y ya estoy en muchos sitios
de dentro y fuera de España.
estoy en la Trinidad,
en Atocha, en Salamanca,
y por tierra de misiones
por América y por África.
Y aquí, más cerca, en tu barrio,
altar de cal y cerámica,
soy Patrocinio en Castilla,
por Pureza la Esperanza,
Estrella de San Jacinto
y Victoria de la Fábrica;
y soy la O y la Salud*

de la mano de Sant'Ana.

Y así que hizo la Virgen

su presentación más clara

miró al chaval a los ojos

con maternal confianza

y dijo. ¿Y tú quién eres?

Hubo un silencio, una pausa,

y dijo el niño. - Yo soy

un gitano de la Cava,

o también un churumbel

que no levanta dos cuartas,

pero que lee el futuro

hasta de la Virgen Santa.

- ¿Te echo la buenaventura

en esa mano tan blanca

que parece que refleja

la hermosura de tu alma?

Anda y siéntate, Señora,

en esa silla dorada

y escucha con atención

las notas de mi semblanza,

que de llevar en los brazos

al Hijo de tus entrañas

debes estar deseando

estar un rato sentada.

La Virgen miró al chiquillo

y entre churretes y lágrimas

vio un corazón que pedía

la siembra de la Palabra.

Y en el humilde Portal,

ya para siempre en su casa,

miró a Don Bosco y le dijo

llena de amor y de gracia.

- ¡Juanito, vuélvete al cielo

que yo me quedo en Triana!

Y termino, gracias a vuestra benevolencia este pregón a la Navidad, que en la disciplina esperanzada del Adviento, me encomendaron.

Ya han salido camino de Belén los tres magos de oriente y a su encuentro van los corazones que creen en Jesús.

Tan pronto anunció Gabriel

*la llegada del Mesías,
se hicieron eco los astros
de tan alta profecía
y tres Magos del Oriente
que esperaban en vigilia
el Nacimiento de Dios,
siguieron su luz que iba
-lazarillo celestial-
a Belén y a Andalucía
como Sol de salvación,
promesa cumplida y guía.*

Como siempre, por diciembre

(montes de corcho y verdina,

ríos de papel de plata

y nieve de blanca harina)

buscan la Estrella que alumbra

tanta plenitud y explican,

con sus ofrendas, la gloria

por humana y por divina

del Niño que allá en Belén

brotó en la flor de María.

*¡Vuelve Dios a las andadas
de iluminar nuestras vidas!
¡Y este año, una vez más,
los Reyes Magos! Se inclina
Gaspar con su cofre lleno
de incienso, lo que atestigua
que el Niño es Dios y demanda
en la paz que nos predica
- con los ojos de la Fe
y una Esperanza encendida-
que arrodillemos el alma
y humillemos la rodilla.*

*Baltasar le trae el signo
de su humanidad, la mirra;
que éste es modelo del hombre
nuevo que Dios nos indica
como único Camino;
y sólo aquel que lo siga
resultará coheredero
de la tierra prometida.*

*Hay un silencio, que rompe
Melchor con voz indecisa.
-“El oro, Jesús, ofrenda
a tu excelsa monarquía,
lo repartí entre los pobres
como pan de cada día.
allá por Pagés del Corro,
en cien Caritas distintas,
y en Bolsas de Caridad
de todas las Cofradías.
Son malos tiempos, aprieta
el rigor y la ruina
y hay mucha necesidad.
ropas, recetas, comidas,
la soledad del anciano,
la crisis de la familia,
la desolación del paro
y el frío de las esquinas.
Por eso, Jesús, hoy llevo
con mis alforjas vacías.”
Así que acaba el Rey Mago
su imprevista letanía,*

*la Virgen coge el anillo
de desposada que un día
le regaló San José
y, maternal y solícita,
va y le dice emocionada.
-“¡Pues ten mi humilde sortija
y sigue así, porque Dios
es Amor que se prodiga!”
(Y mientras la Madre hablaba,
el Niño se sonreía)*

Amén.

Ignacio Montaña Jiménez.

- Adviento de 2015.-